

la urdimbre de tantas conjuraciones; como estas conjuraciones; la desgracia y la ruína iban aproximando el trágico fin de la infeliz Antonieta. Muy soberana de Francia por su majestad y por su altivez; pero muy poco soberana de sus nervios, delataba las conjuras; pues, si decaían éstas, presentábase ante sus carceleros reservada y humilde, mientras, si prevalecían, presentábase provocadora é irritada. Igual proceder la infanta María Teresa, que se parecía mucho á su madre la Reina, como la infanta Isabel se parecía mucho á su hermano el Rey. Pero los dos verdaderos factores de la leyenda eran, de un lado ésta última, virgen y martir; de otro lado el Delfin, verdadero ángel. Así creció la célebre leyenda realista, mantenida por los devotos de la Monarquía y sin posibilidad alguna de que fuese contrastada por los devotos de la República. Todos los principales revolucionarios fueron guillotinado, y no pudieron apelar á la posteridad. De los comuneros, pocos en la vida quedaron: unos cuantos cucos y otros tantos traidores, que se callaban muy buenas cosas y que hacían lo posible y lo imposible, para extender mortal olvido sobre sus nombres y sobre sus historias. Ningún girondino pudo contar lo que pasara en el Temple; á todos les cortó la palabra el filo de la cuchilla. Ni jacobinos ni montañeses, llegaron á encararse con la posteridad, segados todos en flor y consumidos al fuego de sus ideas. Los testimonios, que tenemos de la residencia del Rey en la cautividad del Temple, son todos testimonios cortesanos. Ha escrito sobre tamaña tragedia un Hue, ayuda de cámara en palacio. Clery, otro de los confidentes y favoritos del Rey, ha trazado desde Londres recuerdos, con los cuales se propuso adular las supersticiones realistas y atraerse los favores de la reacción. Hasta existen unas pretendidas memorias de la infanta María Teresa, pero estas memorias, examinadas con el sereno criterio de una buena crítica, resultan fraudes piadosos, como los que las gentes milagreras han cometido escribiendo gruesos volúmenes sobre fantásticas apariciones. María Teresa, como dice Michelet, gran anatomista de la Historia, implacable disecador de la leyenda del Temple, no tuvo, durante mucho tiempo, ni pluma, ni lápices, con que sus memorias escribir, viéndose reducida por los horrores y los tormentos del cautiverio á trazar en las paredes con carbones apagados de las chimeneas, sus recónditos pensamientos. Al silencio de los revolucionarios y á la garrulidad sin tasa de los realistas, la poética leyenda del Temple, creció de un modo desmedido, y hay que leerla con desconfianza hasta en los escritores más revolucionarios, obligados, por falta de otras fuentes, á beber en esta materia noticias monárquicas.

Corría el mes de Noviembre, año mil setecientos noventa y dos, el año terrible de la Monarquía; y menudeaban las inspecciones en el Temple, unas municipales, presididas por Manuel, otras parlamentarias, presididas por cualquier montañés de la extrema izquierda. Mientras Pétion fué alcalde mayor de París, y no sé porque Manuel cabeza de todos los comisionarios municipales expedidos al Temple, hubo en las relaciones entre tal sitio y la Comunidad, no diré una sistemática benevolencia, pero sí diré cambios bruscos de bondad

y saña, los cuales, en su primer aspecto, indicaban veleidades múltiples de bondad y de misericordia. En estos días se anudaron las confabulaciones arriba contadas; en estos días se admitieron al servicio del Rey antiguos criados, varias veces despedidos por creerlos conspiradores; en estos días un general de cepa legitimista pudo arrojarse al pie de la dinastía en los calabozos del siniestro Temple, como si la dinastía estuviera entre los trofeos y timbres del imperial Versalles; en estos días se anudó la conjura de Toulan y Lepitre, cuyas maniobras no se conocieron en realidad por los vigilantes de la prisión, pero se adivinaron por el instinto popular, produciendo á la postre, con otros indicios de igual ó parecido carácter, la suprema catástrofe. Mas, aunque, por Noviembre, Pétion aun tronaba en su alcaldía; como crecieran al rededor suyo las sospechas de los montañeses estimándolo tibio republicano y hasta republicano traidor; algunos rigores con los reyes extremó el infeliz mal de su grado, rigores sujeridos por el peor entre todos los inhumanos afectos, por un afecto de miedo. Así, como Luis XVI cayera enfermo de una fiebre catarral, y pidiese un médico, siquier fuera un dentista; la Convención discutió dos días con crueldad manifiesta sobre tal demanda, y se negó á satisfacerla, promoviendo este acto, aunque á primera vista baladí, en su esencia gravísimo, un escándalo universal. Por fin, agravada la enfermedad regia, y temerosos los comuneros avanzados de que una fiebre vulgarísima hiciera los oficios de la ejemplar guillotina, recabaron de la Convención el médico y las medicinas, manteniendo y engordando al cerdo apercebido á la mantanza. El quebranto de salud en Luis XVI fué acompañado del quebranto de salud en su hijo; y el quebranto de salud en su hijo, como si la enfermedad tuviese algo de contagiosa, también se pegó al resto de la real familia; pues la infanta María Teresa, la infanta Isabel, la reina, todas cayeron en cama, si bien por pocos días y con escasísima gravedad. Pero, como sólo dejaran entrar un médico, aquellas reales personas, acostumbradas á tener una facultad entera de Medicina, no solamente para el cuidado de sus cuerpos, para el cuidado de sus trenes y de sus jaurías, unas á otras se cuidaron y entre sí mismas, unas á otras se acorrieron en mutua solicitud. Como, aun dentro del Temple, y en la comunicación entre los príncipes cautivos, las ordenanzas comuneros cambiaban todos los días; unas veces podían hablarse aquellos martirizados á cualquier hora; otras veces á ciertas horas del día; y alguna vez nunca, pero siempre circuidos de recelos, y bajo una inquisitorial vigilancia, disminuida sólo cuando se presentaba cualquier comisario adicto, comunero en apariencia y en realidad realista. El mes de Noviembre se recuerda en los anales del Temple por un caso verdaderamente triste. Quien haya recorrido esta historia, tan trágica y doliente, habrá en sus capítulos topado con la mayor tragedia entre todas aquellas tragedias, con la fuga de Varennes. Y se acordará de aquel revolucionario que se levantó en su camino como un genio de perdición, cuando creían los naufragos arribar á la orilla, quien, conocedor de los monarcas por sus efigies y bustos en las monedas y medallas,

corrió, devorando un atajo á sublevar los pueblos; despertó las gentes dormidas; congregó la municipalidad separada por las sombras nocturnas; echó las campanas al vuelo en son de rebato y alarma; tocó los tambores, reuniendo los milicianos al redoble de la generala; obstruyó un puente, la cual obstrucción por completo cambió los destinos de Francia con los destinos de su Monarquía; y condujo la familia real prisionera á casa de un mercero, donde los cabellos áureos de Antonieta encanecieron en unos momentos y Luis XVI comenzó el camino que le condujo á su pasión y á su muerte. Se necesitaba un fondo de crueldad, peor cien veces que la crueldad de los tigres y leones, para, después de haber hecho á la familia real todos estos maleficios, presentarse orgulloso en su castillo, reabriendo heridas no cerradas con la evocación de siniestros recuerdos, y gozándose con su martirio, el cual provocaba, ya fuese justo, ya injusto, ya merecido, ya inmerecido, á compasión y á caridad en toda gente bien criada y nacida. Como uno de sus principales autores, la revolución le envió entre los convencionales; y como un comisionado de la Convención se presentó en el Temple, abierto á los reyes por su mano, y se holgó en la horrible desgracia de que fuera capital autor.

Cualquier otro, no aquel Druet, alma en verdad aviesa y terrible, aunque la Convención le hubiese por propia espontaneidad ofrecido estas y otras comisiones análogas, la rehuyera movido por un afecto de tierna delicadeza, cuya virtud sólo pueden desconocer aquellos que caen para su desgracia, en el trabajo de selección eterna, hecho sin deliberación y sin conciencia por las especies animadas, bajo de la humanidad. Y la falta de tal revolucionario crece cuando el recuerdo histórico evoca la terminación y acabamiento de su historia. Según creo haber leído en Quinet; el héroe de Varennes, apóstata y traidor, se pasó á la monarquía, donde tuvo algún alto puesto, en cuanto la República se apagó á los ojos del mundo, aunque nunca se apagara en los presentimientos del pensador y en los cielos del espíritu. Quien tales cosas hace, no prestará con sus actos un servicio reflexivo á la humanidad y al progreso, lo prestará en su interior al propio interés y á la propia medra. Así que arribó el siniestro comisionado al terrible Temple, lo vió el Delfín, á quien su edad permitía ciertas carreras y movimientos y libertades, imposibles para el resto de la familia. Y en cuanto lo vió, se lo dijo á su madre con la natural garrulidad del niño. La Reina, siquier tuviese alta idea, como buena madre, del entendimiento de su hijo, no creyó en su memoria, pareciéndole difícil conservara la fisonomía de aquel hombre y creyendo evocación de una fantasía en sus albores aquella realidad. Pero el siniestro perseguidor, no solamente se presentó en el Temple con cinismo, tomó con descaro una silla junto al modesto canapé, donde Antonieta se asentaba, y le dirigió la palabra con irreverencia. El gesto de Antonieta respondió á su carácter, el cual, no solamente sabía odiar, sabía despreciar también. No le dijo nada; no cruzó con la palabra de aquel feroz convencional su regia palabra. Desconcertado, murmuró algunas frases de consideración y

formuló algunas promesas de buen trato, pero temblando bajo las centellas del mirar de Antonieta, sudoroso y fatigado, cual si estuviera enfermo. La Reina se desdeñó de responder, mostrando una indiferencia, más humillante para el convencional todavía que su menosprecio. También quiso hablar con el Rey: Luis XVI repitió el proceder de su esposa: cogió la *Imitación de Jesucristo* y se puso á leer aquellas sublimes páginas de santa conformidad, no necesitadas por su pasividad y por su paciencia. Fuéronse, tras largo espacio de su estancia en aquel sitio, los convencionales, dejando algunas vagas promesas de alivio en el trato convenido por las autoridades competentes, respecto de la familia real cautiva. Pero en cosa ninguna se conoció la visita. El trato á los Reyes solía de continuo agravarse por las rivalidades entre la Comunidad y la Convención, por el porfiado combate histórico entre montañeses y girondinos, empeñados en una competencia y subasta de republicanismo exaltado. Lo cierto es que llegó una orden mandando entregaran los Reyes cuantos objetos punzantes y cortantes usaban. «¿Creen que me voy á suicidar?» preguntó el Rey, así que supo la orden inexplicable. En verdad tenía razón el Rey, ignoraban su temperamento y su carácter cuantos le creían capaz de tamaña temeridad; aquel temperamento de mártir había sido como formado desde la eternidad para este minuto supremo, en que habían de brillar por modo extraordinario su resignación y su paciencia. Se llevaron pues, las pinzas, los mondadientes, las tijeras de coser y de uñas, todo cuanto podía pinchar ó cortar. «¿Por qué no llevarse también las agujas, Antonieta preguntaba, que pinchan mucho?» Hasta los cuchillos y trinchantes de comer se quisieron llevar. Pero, al fin, resolvieron llevarlos y traerlos á cada comida, pero contándolos con exactitud y sin permitir se quedase uno solo. Así dificultábase mucho el único recreo de las princesas, el recreo de coser, obra, para la cual tanto se necesita de las agujas como de las tijeras. Isabel, que nunca se cansaba de coser, cierta siesta rompía el hilo de la costura con los dientes. Cosas pequeñas y poco apreciables dispiertan afectos vivos en corazones sensibles. Luis XVI sintió gran dolor, al ver la hermana querida con menos recursos en sus labores que la última costurera. Y á este dolor le dijo cómo recordaba la casita que le diera en el ameno Montreuil, donde le había puesto de ajuar cuanto había menester una joven para su servicio y para su recreo.

Todo esto indicaba que iba horriblemente aproximándose una hora cruel en la vida de los reyes. Presentían éstos un grande cambio en su posición; pero sin presentir ni adivinar en qué consistiría este cambio. Antonieta, desconfiada siempre de los franceses, desconfianza patente desde su juventud, y que debió pagar con precio bien subido, confiábase por completo al cariño y devoción de los monarcas extranjeros y aguardaba resoluciones, á cuya eficacia fiaba un salvamento próximo y un seguro puerto. Ya creía ver al rey de España, Carlos IV, quien, por entonces, no declaró á Francia la guerra interviniendo con los convencionales á favor de su regia parentela y alcanzando el deseado rescate. Con

efecto, nuestro agente diplomático en París entonces llamábase Oscariz, y Oscariz á toda prisa redactaba nota importante para la Convención, pidiéndole con empeño la vida del Rey á cambio de una perdurable amistad española. Pero el combate cruel entre girondinos y montañeses acerca de tantos y tantos principios, como la inviolabilidad contenida en la Constitución del 91; como la competencia en todo y para todo del poder convencional; como las apelaciones al pueblo; como tantos y tantos problemas puestos en tela de juicio, que subían y bajaban cual flujos y reflujos de oceánicas mareas, ya impelían el Rey al cadalso, ya del cadalso lo apartaban, pero sacudiéndolo con sacudimientos violentísimos y amenazándolo con terribles amenazas. Sobre todo, lo que más conmovía el ánimo y el espíritu público, era un problema tan difícil como el problema relativo á las facultades propias del poder convencional, disminuida en el recurso maquiavélico inventado por la Gironda, de apelar al pueblo. En esto de la horrible apelación, se ocultaba todo un cambio de sistema, toda una metamorfosis del régimen republicano parlamentario en el régimen republicano de los sufragios populares directos y del plebiscito universal continuo. Reinaban en muchos ánimos entonces, dos afectos por igual transcendentales y fuertes; el afecto de amor á la República y el afecto hacia una República dictatorial y fortísima. Ya la Convención pecaba de caótica y confusa por el crecido número de sus representantes; y un empeño como el empeño girondino de remitir á todos el poder, equivalía realmente á que no lo tuviera nadie. Los convencionales verdaderos, los resueltos á poner la Convención sobre todos los poderes, hasta sobre los poderes del pueblo, pues se los había delegado éste, tachaban de poco gubernamental y conservadora la fórmula girondina, teniendo razón en el fondo. Francia no ha podido pasar nunca de una constitución republicana y parlamentaria, nunca jamás, á los temibles plebiscitos. De un Parlamento puede salir la República, de un plebiscito sólo puede salir el Imperio. Tan cierto es cuanto digo, que hoy mismo, á la hora corriente, los imperiales y reaccionarios quieren el plebiscito, mientras los republicanos sinceros quieren el Parlamento. Así es que, parte por estas consideraciones, parte por las tendencias connaturales á toda entidad social de aumentar su poder y su fuerza, el ánimo y el espíritu de la Convención se resolvieron por procesar al monarca; y en principios de Diciembre, comenzaron á poner por obra esta resolución formidable. Algo trascendió al interior del Temple. Las comunicaciones del terrible castillo con las afueras pasaban por los mismos bruscos cambios, que la vigilancia ejercida sobre los reyes por la comunidad revolucionaria. Cuando algún comisario monárquico llegaba, los reyes concluían por conocer todo lo relativo á la política; y en consecuencia, todo lo relativo á su futura suerte. Ya hemos dicho que algunas veces había vociferadores pagados, con pulmones muy gruesos y voz muy estentórea, notificando á los reyes fórmulas convenidas en populares cánticos. Además, el camarero Clery, muy diligente y activo en el servicio de las reales personas, averiguaba todo lo que podía,

y como podía, se lo iba comunicando á sus señores. No tardó á saber Clery que la Convención estaba por procesar al Monarca, y menos aún tardó á saber, que, durante las incidencias del proceso, estaría la persona de Luis XVI separada, no sólo de su hijo el Delfín, separada de las tiernas y amantísimas princesas. Cuando lo supo, comprendió era de su deber notificarlo al Monarca; mas temeroso de afligir al afligido, aplazó todo cuanto le dictara su corazón de plazo, la triste y luctuosa noticia. Sin embargo, aumentábanse las guarniciones del Temple; duplicábanse y triplicábanse los vigilantes; aquellos antiguos comisarios, que creo eran dos para cada persona real, crecieron hasta cuatro; rumores de conversaciones misteriosas; agravaciones en el gesto y en la frase de tantos enemigos como circuían al Monarca, indicábanle bien á las claras, que algo muy grave sucedía y que su definitiva suerte, empezaba de suyo á decidirse y á fijarse para siempre. Apenado Clery, no pudo por más tiempo callar lo que sucedía; y una noche de Diciembre, al desnudar á Luis XVI y meterlo en su lecho como acostumbraba, le contó al oído que se hallaba resuelta la formación de causa y que lo separarían inmediatamente de su desgraciada familia.

En principios de Diciembre hallábase casi olvidado el proceso, y viva, cada día más, con terrible vitalidad, la intensa lucha entre Montaña y Gironda. Explicábase tanto menos esta inercia en lo relativo al regio proceso, cuanto que existía una comisión activa y numerosa, compuesta de convencionales exaltados, veintiuno, encargada de sostenerlo y continuarlo. En las dos primeras semanas de Setiembre, nada hizo en el estudio de tal problema, y si algo hizo, lo dejó secreto y oculto. Mas, al comenzar la tercera semana de Setiembre, se reanudó el siniestro y terrible trabajo de la comisión. Lindet, montañés convencidísimo, leyó una historia del Rey, la cual comenzaba en principios del gran año genésico, en principios del ochenta y nueve, y concluía en fines del gran año revolucionario, el año noventa y dos. La historia de Lindet á todo se parecía, menos á una historia; pues, juriscansulto consumado, redújose á trazar una terrible acusación fiscal, dirigida, no sólo sobre la corona, sobre la cabeza del Rey. Lindet nació en la celta Normandía; y recuerdo este nacimiento, no á humo de paja y por mostrar erudición biográfica; lo recuerdo por parecerse mucho los normandos á los gallegos en esto de ser, como nuestros españoles del Noroeste, los primeros pleitistas en Francia. Un gracioso amigo mío me contaba que no tenía otro medio de anudar conversaciones con aquellos normandos, campesinos y nautas, medio escandinavos y medio celtas, sino preguntar á cada cual de ellos por su particular pleito y litigio. Lindet, juriscansulto de abolengo, por haber nacido en la jurídica Normandía, y juriscansulto de oficio, por haber ilustrado el foro patrio ilustrándose á sí mismo, brilló con brillo extraordinario en esta meditada y cruel acusación. Reconociendo como el más fuerte y poderoso entre todos los racionios dirigidos á salvar la cabeza del Rey el derivado de la inviolabilidad á contradecir ésta se atuvo; y la contradijo